

MIGUEL GILA: EL ETERNO RETORNO

DIEGO GALAN

EN 1973 mantuvimos una entrevista con Miguel Gila (1). Fue aquél un primer regreso del hombre del teléfono amargo. Debutó en Barcelona con una comedia de la que era autor, "La pirueta", una extraña y fascinante historia que no tuvo, al parecer, el eco que merecía. Fue entonces cuando nos enteramos de que Gila no había desaparecido, que su actividad había continuado en Argentina y que, en un ambiente bastante distinto al que se respiraba en la España de los años sesenta, Gila había conectado con una serie de actores, directores y autores argentinos, transformándose en uno más de ellos, viviendo de cerca la creatividad de un grupo de personas que hoy, con su obligado exilio en España, nos están sorprendiendo día a día con la calidad de su trabajo. Por encima de aquel hombre que llamaba por teléfono al enemigo para averiguar a qué hora iba a desarrollarse la batalla del día siguiente, existía un importante autor de teatro, de la misma importancia que habían tenido sus famosas llamadas telefónicas, quizá no comprendidas, quizá no desarrolladas lo suficientemente en aquellos años duros, doblemente duros para hacer el tipo de humor que Gila proponía, el absurdo, hasta entonces limitado a "La Codorniz", a Mihura y Tono, no tan populares, no tan exitosos como el propio Gila había conseguido ser con sus emisiones radiofónicas y sus discos.

El regreso de Miguel Gila pasó casi inadvertido; ni el texto de "La pirueta" ni la segunda parte de su espectáculo (de nuevo sus más clásicas llamadas telefónicas) habían despertado la curiosidad suficiente. En "Hermano Lobo", Gila venía colaborando regularmente para dar fe de su existencia, pero poco sabía este país del "otro" trabajo que Gila venía haciendo en el terreno del teatro. Ahora, cuando conversamos con los actores y directores argentinos que vienen a España, nos cuentan de las excelencias de un trabajo que aquí no tuvo ocasión de desarrollarse plenamente. La sorpresa de un Gila desconocido aumenta continuamente, quizá menos para los

que tuvimos ocasión de conocer aquella "pirueta" del año 73.

En 1977, Gila ha vuelto a algún escenario español, pero ya sin "pirueta", sólo con una antología de sus mejores llamadas, improvisadas sobre la marcha sobre un extenso repertorio que no puede agotarse en sesión única. Ahora, después del año 73, he visto a un Gila un poco más cansado, un poco más desconfiado y más sorprendido, un Gila, no obstante, lúcido, pero que, sin él saberlo, ha perdido un poco —creo yo— el tren de una España que se debate ahora por su libertad de una forma no siempre inteligible, no siempre clara, no siempre, quizá, oportuna, pero viva. En unos

años, quizá meses, se ha desmoriado un país envuelto en apretadas cintas castradoras, un país que recuerda los chistes de Gila como una liberación sorprendente para aquellos años, pero que ahora no puede volver a oír lo mismo si no es con un aire nostálgico de juventud, no con nostalgia de épocas —al parecer— superadas. El "show" de Gila ha sido una vuelta en el tiempo a lo que le hizo famoso, sin la menor variante, como si se hubiera mantenido totalmente custodiado durante todo este tiempo, cuando sabemos justamente que Gila ha tenido una serie de experiencias importantísimas, como aquella "pirueta" del año 73. Pero ahora Gila

está perplejo, un poco asustado me ha parecido, y con ganas de regresar a la Argentina, donde, sin duda, tiene ya una vida hecha, conocida, por buena o mala que resulte. Y no puede extrañar que le haya sorprendido esta España de ahora con aires renovadores donde no existe una obra de teatro que le interese (quizá con la eterna excepción de rigor), donde todo es el vodevil del desnudo, la película del desnudo, el follón del despelote; no es sorprendente que Gila se haya quedado sorprendido y no haya querido apuntarse a ninguna moda del chiste político o erótico, que se haya querido defender de la inflación de obras anodinas respetando su propia memoria, rebuscando la memoria de su público en torno a las llamadas telefónicas que hacía en los cincuenta, cuando a nadie se le ocurría tratar de distorsionar el entorno para reírse de él. Aunque hoy el "show" de Gila sea una distorsión abstracta, un poco hueca...

Quizá reaparezca de nuevo Gila con una síntesis de esa memoria y sus experiencias argentinas. Probablemente tenga el país que calmarse un poco, tenga que dar un poco de seguridad a una persona que, como él, se quedó siempre en medio de una España en conflictos, sin rumbos claros, con problemas continuos. Con estas palabras lo explicaba en su momento:

—Todos hemos perdido muchos años de nuestra vida, quebrados por una guerra civil, y luego por una posguerra llena de lucha y de escasas posibilidades para establecerse en alguna cosa o quedarse en algo... Quizá esto sea lo que produzca, no una amargura, pero sí una preocupación, porque sólo hasta ahora, y si se es joven, las cosas se empiezan a ver mejor. Nuestra juventud fue una juventud quebrada y torcida, imposibilitada de tener una continuidad en nada, ni siquiera en un noviazgo, o en una profesión, o en una amistad, porque un amigo podía desaparecer con facilidad. Bueno... No ha sido una buena época. Si a los diecisiete años yo no hubiera vivido una guerra civil y muchas otras cosas, no se habría quebrado mi vida y no hubiera tenido que empezarla otra vez a los veintisiete años. Es muy difícil recuperar esos años perdidos...

En estos momentos, Gila nos ha recordado cómo se orientó el valor de la resistencia durante la posguerra. A lo mejor resulta que esa posguerra no se ha terminado y, sin saberlo, con la repetición de sus eternas llamadas telefónicas, Gila ha venido a opinar sobre nuestra realidad. La decepción para algunos espectadores ha sido el aplauso para otros. Miguel Gila, de cualquier forma, sigue siendo un humorista admirable, un hombre, aunque confuso, honesto y asustado. ■



Gila, en una vieja película: "El hombre que viajaba despacito".

(1) TRIUNFO número 537.